

Esposa

Tamara Domenech

Tapa: Polimorfa. Óleo pastel sobre papel.
Esposa. Diez hombres esposados son liberados. 2021.

Domenech, María Tamara

Esposa / María Tamara Domenech. - 1a ed. -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires: María Tamara Domenech, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-86-9479-5

1. Literatura Argentina. 2. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Actos

Un regalo incomprendido

Un ají rojo, el más grande que encontré en la feria, lustrado ni bien llegué a casa. Salí de nuevo. Tenía que encontrar una caja. Pedí en una zapatería. La forré con papel de diario. Le dibujé corazones rojos. Que ilustraran el interior del regalo. Ni siquiera eso me atreví a pedirle. Una interpretación. Después me duché, me puse la mejor camisa, un jean que parece pulido, sin manchas brilla, zapatillas blancas y me rocié el cuello, la cara y el cabello con colonia. No pensaba verla. Mi plan era dejarle el regalo en la puerta de la casa, tocar el timbre, gritar ¡presente!, esconderme detrás de un árbol, de un auto, de una persona o un cartel y esperar su respuesta. Y si justo, su mirada se cruzaba con la mía, que me viera de la mejor manera posible, un hombre que se detuvo en su apariencia.

Pero pasó lo que no tenía que pasar. Lo que no había contemplado en mi idílico plan. Cuando abrió la puerta se asustó. Pensó lo peor. Que alguien la quería engañar para entrar a su casa y robarla. A ella y a su casa. Entonces tomó un paraguas, que se ve que estaba cerca, destapó la caja y exclamó: ¿qué demonios es esto? Yo, mientras tanto, con todo mi aliento le enviaba la palabra corazón. Este ají lo representa. Es tuyo. Podés dejarlo en una canasta para que te acompañe todos los días en la cocina o cortarlo en tiras muy finas formarías mi nombre completo sobre la tabla de madera, sería una emoción bárbara antes de que me echés a la cacerola y me mezcles con otros sabores, nombres, olores y dejaras de distinguir el amor que siento por vos.

La vida, cuanta más dirección trazás se alborota, se resbala de las manos.

Llamó a la policía para descartar que el paquete no tuviera una bomba. El miedo provoca reacciones no ilusiones. Es seco. Atraganta. En cambio, si se hubiera sentado en el umbral a observar el tamaño y el color del alimento se hubiera dejado llevar por una fantasía.

Lleva siempre a una pregunta. Quién anda por aquí. Qué es esto. Quién me dejó un obsequio sin dar su nombre, como un ají que tampoco lo tiene, en cambio un corazón sí tiene un nombre, pero cuál sería el que había llegado hasta allí.

Sólo se escuchó el sonido de la sirena de la policía. Que comenzó a rastrillar la manzana, los techos, cada rincón de la cuadra hasta que me encontró.

Me agarraron de las muñecas, las llevaron hacia atrás y, como si fueran el moño de un paquete que se coloca en la parte de abajo para que nadie lo vea o viva aplastado, me llevaron hasta encontrarme con la mujer que amo.

¿Lo conoce a este hombre? le preguntaron, y ella dijo, que no. Yo no sé por qué contestó de esa manera. Si fue porque temió quién estaba siendo en ese mismo momento, porque prefirió no recordar lo que había sentido antes de que llegara, si me había olvidado por completo o si, habiéndome olvidado, no la atraje lo suficiente para continuar la relación. Lo cierto es que terminé donde nunca hubiese querido.

Una celda en una comisaría de un barrio, que ni siquiera es el mío, es lo que llamo un exilio por un regalo incomprendido.

Sacar los yuyos con un revólver

Un descampado la herencia. 500 metros cuadrados repletos de yuyos y un pastizal que me tapa la cara. Entro y no sé dónde estoy. Marrón veo. Seco. Entonces me pregunto, quién me mandó a machetear un espacio que no me comprende y no lo comprendo, si perfectamente podría haber llamado a un profesional o venir con otras personas, aunque no fuesen amigos, para ayudarme a enfrentar este sufrimiento. Me apuntalan las ramas crecidas de los árboles. Me pinchan sus hijas. Y me pregunto, cómo es que me dejo hacer lo que decide el paisaje. Dónde se vio. Que de tener las herramientas adecuadas, una grúa o una escalera podría darme cuenta cómo empezar, seguir y terminar este desmadre. Estoy ciego frente a la única propiedad que lleva mi nombre. En trámite. Después de una sucesión que demoró casi toda una vida en que los hermanos se reparten por partes iguales el amor desigual que reciben de sus padres. Cada uno se quedó con lo que le correspondía por ley, eso hace la ley, pone un freno a lo que cada uno cree, es algo desenfrenado. A mí me dijeron, te corresponde esto, 500 metros pueden ser un montón o ser nada. Según el largo del collar que cada uno enhebró para hacer, de los momentos compartidos, festejos y no todo este juego, que parece una escondida conmigo mismo. Cuento, me doy vuelta y pico, soy el único que gana y pierde, la familia no tiene gracia. Entonces me pregunto cómo proseguir en un lugar tan inseguro y me percató de que en la camioneta tengo un revólver. También heredado, de mi abuelo, está viejo pero con balas funciona. Nunca lo usé pero siempre hay una primera vez. Saco un pie y luego el otro de mi propia tierra y lo voy a buscar.

Todo claro veo, el cielo, los pájaros negros, la bocina, mi campera en el respaldo del asiento. Y no veo nada más.

Desmalezar, es el verbo que me invade la cabeza. Vuelvo al lugar, cargo y ahí no más, disparo. Queda un hueco, un vacío frente a mis ojos, el gatillo permite que exista la palabra adelante. Y vuelvo a tirar. Caen al suelo un árbol que estaba semi dormido hacia un costado y que no se iba enderezar. Así repito, hasta llegar a la otra punta.

Pero pasa que, en un determinado momento, me doy cuenta de que el sonido de mi propio objetivo me va a delatar. Y es así como caigo al piso como un árbol más, siento decenas de piernas de vecinos encima de mí. El peso de una montaña de ideas sueltas en mi abdomen y una cachiporra cuchara sopera en la cara, obligándome a abrir la boca para que dé una explicación.

Queda mi cuerpo abatido por un enjambre de abejas y por primera vislumbro una flor, podría ser mi cara deformada por las trompadas que recibo que se resiste a morir en cualquier momento. Pero no muero, me llevan detenido y recién al día siguiente me doy por aludido que esa oscuridad proviene de la transformación del matorral en el que estaba, en un calabozo.

Día y noche el ruido de una mezcladora en mi cabeza

Cal, arena y agua, el capataz enchufa la mezcladora 10 horas por día. No para. A veces, ni buen día. Pim pum pam, déñle. Cada uno sabe dónde tiene que vestirse, la rutina. Y la vida es entrar en una obra teatral en la que te pagan un jornal por la evaluación de una actuación. Me saco el jean, lo doblo, lo pongo en el bolso, lo mismo con la camisa y acomodo las zapatillas, cada una en contacto con la suela de la otra para que no se ensucie lo que es propio con lo que es de todos. Después meto una pierna por el agujero del overol, luego la otra, me lo cierro hasta el cuello, dejo de sentir mi corazón. Bajo cierre queda. Protegido. O sumergido en el fondo de una tela que es mi cuerpo convertido en una cartera que lo traslada como si fuera un perro sin alguna de sus patas, un bebé recién nacido o un ramo de flores.

Y de ahí los guantes, dejo de percibir mis manos, se transforman en canto rodado, lo que toco se vuelve piedra, así sea el pan con el que hacemos los sándwiches, el vidrio de la botella de gaseosa, el hombro de un compañero a quién le doy una suave palmada para que se ría, uno que siempre se enoja cuando le hago un chiste.

Ya después es simple y costoso. Poner ladrillos en la carretilla, entrarlos, pegar unos con otros, hacer revoque grueso y fino. El polvo traspasa la mascarilla que usamos para protegernos la cara, siempre llega a la nariz. Es un olor nauseabundo de mitad de camino entre una idea, una emoción, una apertura y su culminación. Yo no sé cómo las personas, en tanto tiempo, no inventaron otras formas de pegar, adherirse, sumar una cosa con otra que no sea un enchastre, una demora, un elemento que te hace llegar a la cima de un edificio como el que estamos construyendo, a costa de aspirar un mausoleo.

Llego a casa y me golpeo la cien, de manera rítmica, con la intención de sacarme placas conmemorativas de fantasía. Pero entre que llego, mi mujer que me pide cosas, los chicos que se me tiran encima, no tengo el tiempo que necesitaría y ahí no más, empieza la tiranía. Escucho sus palabras como si fueran golpes de piedras sobre metal. Arriba, abajo, a los costados. Sin cesar. Entonces en vez de gritar, porque, qué sentido tendría hacer más ruido del que ya está contenido en cada una de mis venas, salgo a caminar.

Respiro profundo y pienso en volver a la obra para sacar las herramientas y dejarlas en otro lugar. Ni siquiera quiero venderlas, hacer dinero con algo que me hace mal. Y así es como resuelvo mi dolor de cabeza, porque un remedio no calma lo que al otro día se vuelve a repetir.

Y le digo a mi familia, que ya vuelvo, ellxs piensan que iré hasta una farmacia en busca de una pastilla, algo pequeño que calmará un trabajo que se hace crónico pero no llego para la hora de la cena, ni para dormir ni al día siguiente.

Una vez que estoy en la obra en construcción me doy cuenta de que, como solo no puedo trasladar los elementos de tortura, me dedico a desarmarlos, a medida que los descompongo ingresa la noche, el silencio, las estrellas que los humaniza. Así como están los dejo en el subsuelo y cuando, justo, estoy por salir en pleno amanecer, me descubre el capataz. Que ni bien me ve se da cuenta que estoy mal y decide llevarme a un hospital.

Mareo fue el diagnóstico y horas más tarde, como el jefe no se quedó conmigo en la guardia, aguardando mi salud, sino que sospechó y volvió donde me había encontrado, fui trasladado a una comisaría por averiguación de antecedentes.

Chocar contra las cosas para que me devuelvan la unidad

Al oficial le digo, ¿usted piensa que me chocaría contra las cosas si sintiera una unidad? Y él me contesta, no sé de qué habla si todo ser humano tiene una sola cabeza, un solo cuerpo, un nombre y un apellido, una única identidad.

Lo veo en su cara. No quiere respuestas. Lo demoro. Retardo el desenvolvimiento de una actuación pero prosigo, tengo una cabeza pero en realidad son siamesas. Una es visible y la otra es invisible. Pesa más la que no se ve que la que se ve. Una indica una cosa, la otra, la contraria. Como si fuesen hermanas pelándose todo el tiempo. De los pelos se tiran. Usted no ve el dolor pero lo siento. Cada cual tiene su manera de analizar y dar respuestas, conciliación entre ellas no hay. Por qué me pasa esto, no tengo idea, es algo con lo cual lucho desde que tengo uso de razón.

El oficial me pregunta si fui medicado, si me llevaron a un doctor y le respondo que no, que a ninguna persona de mi familia se le ocurrió consultar por algo que sólo veía yo y nadie más. Y, en cambio, de dejarme explayar, me agarra las manos, las lleva hacia atrás, porque quizá piensa que tengo otro par para desengancharlas de donde están, y simplemente le digo, con todo respeto me duele lo que me está haciendo. Si las dejara libres me ayudarían a terminar más rápido lo que quiero explicar. Pero su trabajo es un movimiento repetido, piensa que si ve a un hombre que se choca la cabeza es alguien que se puede lastimar, no piensa que de ese modo las cosas sanan, las cosas se acomodan. Y es así. Lo que parece una pelea en realidad es la manera de reconciliar dos partes que se disputan cualquier cosa. Justo me vio cerca de un vidrio que lo hace bondadoso más que peligroso por la capacidad de reflejar. Una vidriera es una gran ola, la espero, me sumerjo y en esos segundos soy uno, no sé bien quién pero disfruto.

Y el oficial, en cambio de intercambiar una palabra, una historia, algo similar que le haya pasado en su vida, se espanta y se le da por maniatar la mía.

Antes de que me fuerce a subir en un móvil, le digo, sabe qué, charlando con usted recuerdo una vez que abracé a una mujer y sentí lo mismo. Pero entiendo que es un problema, vivir de vacaciones o pegado a un gran amor.

El oficial pone mi campera en mi cabeza y le pregunto, si está loco, si no se da cuenta que no puede taparme los ojos con mi propia sangre, que de ese modo huelo una cachetada como si me la hubiera dado otro. Le suplico que me la saque. Y veo que su compañero saca de la guantera un par de gasas que me las pasan por la cara, haciendo una mínima presión para que dejen de supurar las esquiras que forman parte de mi piel.

Yo no las siento.

Sólo mis palabras como si fueran emitidas por altoparlantes en una calle cortada por sirenas y luces azules, en un diálogo inútil con el mundo.

Declarar a través de una pajita

Lo que pasó antes de estar acá no lo recuerdo. Hilos de baba que se cortan entre un lugar y otro. Un mapa de espuma que resbala, burbujas a punto de explotar, no terminan de irradiar un atisbo, un color que se proyecte en las paredes de esta habitación. Aunque tampoco sé bien dónde estoy. Y, antes de preguntarlo, pido un vaso con agua fresca y una pajita. El hombre que está sentado enfrente mío clava sus ojos en mi boca, parece ser que es lo único que le importa. Entonces manda a buscar lo que pedí. Llega una mujer que, de lejos parece una flor violeta contenta pero ni bien abre la puerta, me doy cuenta de que está violenta, con todo el trabajo que tiene que hacer, encima, le piden que vaya a hacer mandados entonces le sonrío de una manera especial, con la intención de que sepa que conozco la historia de sus ojos. Ella apenas me mira, lo hace por arriba, sin detenerse en averiguar qué está sentado, si es un hombre, una botella, o un ruido. Deja el pedido, toca la puerta como si fuera el parche de un tambor y se retira.

Destapo la botella, sirvo el vaso hasta la mitad y coloco la pajita.

El hombre me dice, ahora le ruego que intente responder una serie de preguntas que tengo para hacerle. Por qué motivo estaba en una estación de servicio a las dos de la madrugada, forzando la despensa donde se guarda el hielo.

Entonces coloco la pajita en mi boca y comienzo a responderle con esas mínimas bocanadas de aire.

El hombre me mira con un oído que comienza a odiarme. ¿Me está cargando?, pregunta. Y le respondo, ¿sabe la cantidad de oxígeno que se necesita para defender lo que es propio?

Pero hay personas que, en vez de hacer un esfuerzo para entender lo que no saben, fuerzan al otro a que les brinde respuestas conforme a una cubetera, que después de unas horas produce cubitos cuadrados. Yo me niego a este tipo de intercambio. Por eso, insisto, si los demás, de verdad, quieren saber algo sobre uno, entren por una ráfaga cálida que ablande terminaciones nerviosas. La espalda, la cadera, la lengua.

Mi boca se enfurece con el hombre que la mira pero no lo lastima, en cambio, él arrebató la pajita, la tira al suelo, la escupe, me intimida y dice, ahora qué.

Y vuelvo a repetir lo que había dicho simulando tener lo que me quitan.

Esto no va a terminar bien, repite. Estuve una hora esperando que se despertara de un desmayo, mandamos a comprar lo que quería, le pregunto por el hecho por el que se lo detuvo y, en vez de colaborar, se burla.

Entonces, a propósito comienzo a echar baba, queda mi ropa, la silla, la mesa, el piso mojado, así expreso mi verdad.

El hombre se levanta, me pisa los pies, no deduzco si fue o no a propósito y eso me parece que lo incomoda más. El hecho de que dude, sin pronunciar palabras esperadas.

Son anillos que componen el cuerpo de una lombriz, delgado, asfixia, pretenderlas desatendiendo las ondulaciones del viento en contacto con su forma de arrastrarse.

Gritarle a un perro

Me desesperé, dejé de hacer pie, como si estuviese en lo profundo del mar pero estaba en una plaza. Un perro visualicé, mientras esperaba a alguien, de lo nervioso que me puse me nublé. Se me oscurecieron los ojos aunque los tenía abiertos, un puño en el entrecejo y un ramo de flores secas en la garganta, sentí, hasta que abrí la boca para que salieran las marchitadas. Las odio cuando son polvo y no pueden pelear cuando necesito que sean piedras, piernas, ladrillos para defenderme de una persona que salió de mi vista sin dejarme terminar de hablar.

Hay hombres que te meten dentro de una media después de que te juran claridad, y te hacen preguntar para qué gastaste saliva, aire, combustión, circulación energética por todo el tablero del sistema nervioso central, si es igual a nada, mejor dicho peor que nada, manejan el discurso como si fuera la palanca de un juego electrónico para donde les conviene despistarte o convencerte, dejar estacionado el auto, las palabras en la mitad de la calle. No se puede creer que uno haga un esfuerzo sobrehumano para hacerse entender y que, del otro lado, un tipo se vaya, haga la plancha en el agua, se acueste en la hamaca paraguaya, te goce con un trago en la mano, mientras vos la estás levantando en la esquina para pedir ayuda.

Una mala persona, otro calificativo no encuentro, me cita para pagarme una deuda, pasa caminando y me deja una cartera repleta de cartas. Pero qué se pensó, que soy un tonto, un distraído, que no me iba a fijar qué traía consigo. Y ni bien abrí el morral y vi papel dibujado, colores, corazones, nubes, mi mano le daba otra oportunidad a mi vista, tanteaba, creyendo que iba a encontrar lo prometido, que al pronunciarlo, provocó que el hombre huyera.

Ahí no más pasó al revés de lo que uno espera, el mundo nos silencia, baja el volumen de las desdichas y me encontré gritándole a un perro que era el único que me miraba. Hasta que se acercaron los demás que intentaron detenerme, eso lo sé por cómo me quedaron los brazos, con moretones, forcejeados. Yo sabía que no lo iba a lastimar, pero quería seguir gritándole, como si hubiese sido él quien se hubiera escapado.

No sé cuánto duró este episodio que me dejó demorado en la comisaría de mi barrio. Lo que me pregunto es, si ya expliqué cómo fueron los hechos, qué hacen acá custodiándome si tendrían que salir a buscar al ladrón que me insultó al darme otra cosa que no era la convenida.

A algunos les va bien, no voy a negarlo. Mi vida es una seguidilla de trabajos que salen mal. Yo no sé si es que tengo que aprender a ganarme la vida de otra manera o dejar de confiar en los demás. O será una mezcla de las dos, una delgada línea que me haga mantener separada la manutención del amor como el borde de una estampita que podría tener la cara del perro para pedirle perdón y ayuda en este silencio en el que nadie pregunta por mí, porque vivo solo, no tengo familia y mis amigos, ahora que lo pienso, seguramente también son de mentira.

Adulterada

No es adulterio aunque provengan de la misma familia de palabras. En una reunión pasa de todo pero no se puede decir cualquier cosa, salta el escándalo, por algo que, a mi entender, no es para tanto. Yo te voy a contar, lo único que te pido es que no me dejen detenido. Cambiamos sinceridad por libertad y listo.

No, no es un chiste, el que hice, ojalá, lo que pasó es que adulteré una partida de tarros de pintura porque hice cálculos y no me cerraban las cuentas entre el sacrificio que tenía que hacer y lo que terminaba ganando. Escuchá. Si te regalan unas pinturas cómo las vendés si no tenés local a la calle, pinturería, tenés que sacarle foto, subirla a una plataforma espacial, colocar el detalle de lo que cada una de ellas contiene.

Después, es un ir y venir con los que se entusiasmaron, miles de preguntas para que, muchas veces, queden en nada, hasta que a alguien de verdad le convence el precio que pusiste, combinaste la entrega, toda esa logística te sirvió para comprar la cuarta parte de la lista de supermercado que una familia necesita. No me estoy justificando pero tampoco quiero ser un crucifijo humano. Teneme paciencia que ya voy al grano, por tu cara es lo que estás esperando. Entonces hice una cuenta rápida, si en vez de una lata vendo dos, ya tengo la mitad de los productos dentro de la casa. Conseguí otro tarro de plástico, pasé la mitad del contenido y le agregué un poco de agua y un poco de harina para que tuviera más espesor.

Y así fue, no te miento en nada. El problema vino después, qué sé yo, qué iba a saber. Ya estaba disfrutando de lo que había podido comprar, pollo al horno comíamos, con papas y ensalada y ahí no más, el teléfono no paraba de sonar. Fui y atendí, no me gusta esconderme detrás del disfrute y la señora, a la que se la había vendido, me empezó a contar lo que parecía un sueño. Pintaron la casa y empezó a chorrear, no quedaba adherida, al revés, se deslizaba. Y me preguntó, si le había vendido una pintura que llorara, porque se había armado una laguna rosada en la vereda, el patio, la terraza. Cómo le voy a vender un producto que lllore, ¿usted está loca?, le pregunté y ella me contestó, si yo estoy loca usted es un estafador. Quiero que me devuelva el dinero de inmediato pero ya era tarde, la había hecho comida y ésta había ingresado al cuerpo. Entonces me pregunta por lo que hice y le contesto, estuve mal no se lo voy a negar pero no soy una mala persona. Quizá si al mismo tarro se le agregara algún pegamento, podríamos hacer que la pintura sonría, o por lo menos, que permita dibujar en cada pared mejillas, darían la impresión de que se puso mejor de lo que estaba, si partimos de la base, según la compradora, que quería pintarla porque la casa estaba angustiada.

Además, con todo respeto, le pregunto, por qué no van a ver qué tal quedó el paisaje, por ahí quedó de cuento lo que era la rutina, se podrían incorporar patos o un gran inflable con la forma de una lágrima para que ninguna persona se ahogue cuando quiera salir, el afuera no sería una amenaza, sino un capítulo en la vida de una señora que una vez se encontró con un hombre que la engañó, como lo hizo con su estómago y el de su familia durante años, con agua y harina y le vendió pintura adulterada para chupar hasta el último huesito un manjar que llevó una hora y media de horno moderado y mucho jugo de limón.

Quitarme el lenguaje como si fuera un chaleco de fuerza

No se puede, escucho que una persona me dice pero no recuerdo exactamente desde dónde lo dice. En qué lugar está sentado, cómo es la silla, qué ropa tiene, qué movimientos ejecuta su cuerpo que intenta comunicarse.

Otra persona, que no sé exactamente si entra, sale, ya estaba atrás o delante, exclama algo así como déjenlo así, no le hace mal a nadie, parece un arlequín.

Yo no puedo verme a mí mismo si enfrente no tengo un espejo pero de lo que estoy seguro es que no bailaba sino que hacía fuerza para sacarme el lenguaje como si se tratara de un chaleco de fuerza. Lo sentía adherido a mi piel, maniataba mis brazos y lo único en lo que pensaba era en la palabra recorrido. Cómo iba a ser él para reptar desde un lugar hecho un nudo hasta mi boca que no pronunciaba palabras, no porque no las tuviera, sino porque no llegaban. Y sentí que a la primera persona que intentó abrazarme, la rechacé porque me dio la sensación de que calcaba una imposibilidad. Cuando se acercó la segunda me tranquilicé porque hablaba sin maniobrarme.

Fue después de unas horas que tomé un lápiz con la boca y escribí lo que ahora estoy transcribiendo.

Son unas resentidas. No me asisten cuando las necesito. Qué les hice para que se refugien, soldadas detrás de una lomada si siempre las traté como flores, gatos, libros. Limpios. Abiertos. Comidos. Dispuestas dentro de un florero siempre en el centro de la mesa. Y la primera persona contesta, tanto cariño no necesitan ni las palabras ni las plantas. Cuanta más agua, más alimento, más rápido se pudren.

La segunda persona reprochó, por eso es que está yendo hacia ellas, para salvarlas dentro de su cuerpo.

La primera, me imagino pero mire el lío que deja alrededor.

La segunda, se ordena.

La primera, es imposible estar con una persona así.

La segunda, no le hace mal a nadie o a usted ¿sí?

La primera, para nada.

La segunda, no parece.

La primera, es una desgracia que a uno no le crean.

La segunda, es que lo primero que hizo fue llamar a un policía. En cambio, de esperar, proceder, intercambiar.

La primera, ¿cree que mis palabras podrían haberlo ayudado?

La segunda, claro. Sus palabras podrían haber construido una guirnalda, un cuchillo, una carta.

La primera, soy un hombre no una tortuga, no tengo todo el tiempo que requieren las personas que no saben dónde están ni dónde van.

La segunda, su impaciencia hizo un accidente.

Yo la verdad es que entendí poco lo que hablaban.

De lo que estoy seguro es que escribo en prisión.

Amenazar dichos con una cuchara no sirve para nada

Si estoy discutiendo no me gusta que se me tilde de violento. Yo el otro día en el bar dije, esta sociedad apesta. Y para qué, los demás, que no son amigos ni compañeros sino otras personas que estaban allí sentadas como si no pasara nada, respondieron, baje un poco el tono de voz. Ahí no más, yo no escuché bien, se ve que fue porque ya me estaba calentando, escuché tonto y respondí, yo no soy tonto, fui una persona que luchó. Uno de ellos replicó, lo que está diciendo, no nos importa. Haga de su historia fracasada, una huerta en su casa o póngala en un florero para ver si revive con agua. Ahí sentí una sofocación. Cada uno en la mesa, con su jarra de vino, su vaso, su pocillo de café, su platito de maníes o medialunas. Y grité, manga de acostumbrados, la vida entera en un hotel sin agua caliente. Son todos unos mudos. Como este bar. El auto al que se suben. La casa a la que llegan. Dónde se vio que hubiera brío en una cadena compuesta por mesa-auto-casa. No pasa nada. Atados de pies y manos cuando creen que son libres son una cachetada.

Y ahí no más, vino el dueño para indicarme que, si no me tranquilizaba, me iba a tener que sacar. Pero cómo, pregunté, ¿vas a sacar mis palabras a la fuerza? Y agarré la cucharita del café que tenía a la vista, la tomé como si fuera un rifle, una ametralladora, un cuchillo y le dije, atrevete, soy capaz de matar tus dichos.

El dueño hizo un movimiento brusco en el aire, como queriéndome asustar pero no lo logró y llegué con el utensilio hasta su estómago. Dale, te venís a ser el vivo conmigo, a que no te atrevés a dissociarme. Que mis palabras sean tus invitadas y mi cuerpo quede afuera, esperándolas; o que mi cuerpo quede acá, hecho un zombi y mis palabras golpeando esta vidriera, pidiéndome que salga rápido, antes de caer atrapado en este forcejeo. Los ojos de los que están interferidos por los diarios, la queja, la tele.

Sabés qué, me voy a ir pero antes mirá esto y clavé la cucharita en una ananá que estaba en una fuente, a modo de decoración, sobre el mostrador y cuando penetré la fruta derramó un jugo existencial, ¿ven? de esto les hablaba, que no nos conformemos con la exhibición de nada, seamos su corazón, una cascada de las cosas que nos pasan.

Me quedó chico el lugar por el que me invitaban a pasar

Y las autoridades en vez de dejarme tranquilo, en el lugar en el que estaba, me interceptaron. Usted no estaba invitado a pasar por esta puerta.

Ah, ¿no? Y por cuál lo haré.

Por aquélla.

¿Está queriendo decir que debo ingresar por un cuadrado de 15 x 15 centímetros? Si es así, lo que me está queriendo decir es que sólo mi mano o mi pie son invitados, entonces, explíqueme cómo es que entrarán sin cada una de las partes que forman mi cuerpo. Eso tendría que pensarlo. Un director, un acomodador, un vigilante no tiene por qué saber cada una de las preguntas que le hace la visita.

Pero si ustedes me invitaron para que diera una versión sobre un tema. ¿Creyeron que mi boca estaría sentada en una silla, detrás de una mesa, sin que nadie la viera?, los asistentes pensarían que pasan una cinta con la voz de alguien que no se sabe quién es, si está vivo o muerto. Esa programación sería una mentira porque ustedes juegan con la verdad.

Lo que le voy a pedir, si es tan amable, es que si no logra pasar por esa puerta, se retire lo antes posible.

Yo no me voy.

Entonces tendré que llamar a otras personas para que lo hagan.

Y mientras las iban a buscar, lo que hice fue ingresar un pie, el tobillo, hasta la pantorrilla y cuando vinieron se dieron cuenta de que ya no podían sacarme así no más. Tendrían que pedir ayuda, así se armaba lío donde había un decorado.

Y el personal que permite e impide el paso, como una puerta giratoria, comenzó a dar vueltas en falso, para un lado y para el otro, a modo de buscar alguna mirada cómplice que diera marcha atrás el espamamento.

Pero por suerte cuando un río se desborda, la tormenta se desata, se entierran palabras en la arena, hay que tener paciencia hasta que vuelva la calma.

Y lo que hice fue, en vez de quejarme de dolor o maldecir a los organizadores que no habían previsto mi entrada por la puerta principal, fue a cada persona que se acercaba a ver lo que pasaba, narrar lo sucedido como si les contara un cuento.

Y se llenó el hall de entrada, el pasillo y el primer piso. Se iban pasando palabras de boca en boca, porque por supuesto, no me iban a facilitar un micrófono si les había dificultado la apertura de la jornada.

Después de estar unas horas activo y con mi pierna paralizada, a la espera, de que la sacaran de donde estaba, creí ver mariposas donde había vestidos, caracoles donde había carteles, babosas donde había ventanas y una luciérnaga donde había escalones.

Mi vida estaba atorada entre la realidad y la fantasía.

Y llegó la policía junto con los bomberos. Mientras unos hacían presión sobre mi pierna, otros me colocaban una mascarilla de oxígeno para ver si, de ese modo, el aire llegaba y ablandaba mi pie entumecido que, a esa altura estaba morado, como las uvas que sirven para hacer vino, tragué un vaso invisible, cuando un oficial, sin saber que me dolía el dedo índice, me lo torció hacía atrás, sin darse cuenta, que estaba señalando a quien me estaba haciendo daño.

Que nombran

Carlos

Me llamo Carlos pero desde muy chico me dicen Cacho. Quien me toma declaración dice que no le importa mi sobrenombre, sólo mi nombre y apellido tal cual figuran en el documento nacional de identidad. A lo cual, respondo, para qué me lo piden si ya lo tienen. Me dice que necesita que lo diga en voz alta y, en cambio de contestar, sigo con la anécdota que empecé a contar.

El sobrenombre me lo pusieron en la escuela, a los seis años, a partir de una equivocación que pronunció un compañero que, en vez de una cosa, dijo otra. Y ahí no más, se armaron dos bandos. Uno que me lo decía con cariño y otro que me despreciaba. Los afectivos, a veces, hasta usaban el diminutivo, Cachito, pasan los la pelota; Cachito esperá, que guardamos los útiles en la mochila y salimos todos juntos; Cachito, qué te parece si nos vemos a la tarde. Y el otro grupo decía, Cachito de galletita; Cachito de golosina; Cachito de mamá, miren cómo llora, parece que la extraña.

Y a mí, esas palabras, no me hacían daño, al contrario, yo llegaba a casa y contaba. Y mi mamá decía, los blandos son los que hablan. Se hacen los fuertes pero por dentro son espaguetis. Imagináelos así cuando te busquen. Delgados, arrastrados, tienen que ser trasladados por un palo. Qué corazón entra dentro de un fideo. Decime, ninguno.

Entonces, aléjate de las personas sin corazón. Nadie los quiere. Para eso tendría que estar la escuela para enseñar a amar a quienes no fueron amados, ahora andá y cortá lo que te pedí.

Y me dirigía a la cocina en la que con mitades se armaba una unidad. Media cebolla, media zanahoria, medio zapallito, media batata, media papa, media taza de arroz, media de porotos, medio ají y teníamos un guiso. Con eso me divertía, cortando pedazos que quizá, desde ese entonces, significaban mi nombre. Con las tiras de las zanahorias hacía pulseras, con la cáscara de las cebollas anteojos, con las semillas del ají caminos en los dedos. Cortar era componer y regalarme. A quién le iba a regalar sino un dibujo húmedo, hecho con deshechos.

El policía al que me dirijo mira para un costado, como si la ventana, la puerta o el teléfono que hay sobre una mesa le hubiesen hablado. Enseguida, me pregunta, ¿ya terminó? Y le contesto que sí, entonces continúa con el interrogatorio, ¿conocía a la persona a quien le dirigía la caja? ¿desde hacía cuánto? ¿qué tipo de relación tenían? ¿qué sorpresa le causa causar una sorpresa? ¿nunca pensó que cualquier tipo de objeto que tenga tapa genera intriga o sospecha? Más allá de que no tenga antecedentes ¿es consciente de que está en una comisaría? ¿a quién podríamos llamar para lo que venga a buscar? ¿tiene dinero para la fianza? ¿trabaja, a qué se dedica, dónde vive? Decenas de preguntas que merodean una pregunta que no me hacen. Por qué hice lo que hice. Y se lo voy a contar porque total, ya estoy acá, regalé un ají por amor, con la intención de que simulara ser mi corazón. Uno a veces se equivoca, sobre a quiénes mostrar los sentimientos. Ese fue el único error. Ir hacia el otro con el ímpetu de una flecha y no prever que ella iría a rebotar en un ser amado y dar la vuelta. Directa a los ojos. Directa a mis manos. De ahora en más, voy a tapar mis sentimientos con una cortina como cerraba mi madre la alacena en la que guardaba alimentos, donde quedaban paquetes por la mitad, pedazos que irradiaban el futuro.

Hernán

Hacés todo mal, era una frase que escuchaba en mi casa y todavía escucho. No entiendo cómo es que algo que pasó hace tanto tiempo salta desde lejos para encapucharnos la cabeza. Una asfixia son las palabras. Una herida. A veces, me pregunto, para qué eligieron un sustantivo propio, si era mejor uno común, de todas maneras iba a tener que escribirlo con mayúscula y, si alguno preguntaba, pensaba si tenía ganas o no de responderle.

Yo no hacía el mal, hacía las cosas sin apuro, lo que para otrxs era interpretado como desgano. No tener que estudiar ni trabajar te moldea el carácter de una manera especial, es decir, ni fu ni fa pero, para lxs demás, eso que yo llamo especial, es aborrecible. Es ir hacia las cosas por la mitad, si tengo que hacer la cama, la tiendo con una sola mano, mientras que, con la otra, enchufo el teléfono al cargador; mientras tengo que sacar la basura, con una pierna voy hacia el contenedor y con la otra, marco un punto fijo de la vereda en el que me gustaría encender un cigarrillo; si tengo que sacar un yuyo, contemplo la flor y, en cambio de tentar las espinas a pincharme, busco un vaso con agua para saber dónde ponerla, una vez que la arranque.

Cuando murieron mis padres no sentí nostalgia sino libertad. Parecida, supongo yo, porque nunca viajé, a estar en un avión rumbo a un sitio desconocido, tener dinero en los bolsillos y ganas de salir a comer, izar una bandera que dijera, “gente, esto es lo que soy, hasta aquí llegué, si les gusta bien y sino también”. Y me quedo pensando en por qué digo esto y no este y es porque, insisto, mi nombre tendría que haber sido Herida, no Hernán. Ahora bien, una vez que heredo, uno se podría preguntar por qué es un terreno baldío. En vez de una idea, un proyecto, un bello disfraz que hiciera que se divirtiera el nombre que figura en el documento nacional de identidad.

No tuvo sentido sacar los yuyos con un revólver fue dispararle a mi propia sombra reflejada en la tierra.

Hubiera sido distinto, si llegábamos todos los hermanos a desmalezarnos y, en vez de un revólver, sacábamos de un bolso una manta sobre la cual apoyar gaseosas y vasos de colores.

Pero no, la hermandad es un chicle que queda en la suela de un zapato, querés sacártelo rápido de encima y queda todo pegoteado.

Ya está, estoy acá, a la espera de que dictaminen un castigo pese a que no haya lastimado a nadie. Si estaba solo con la camioneta, la campera, la funda del arma.

Los sustantivos me juegan en contra. En vez de estar a mi favor. Se ve que de ahora en más, tendré que rodearme de personas. Estaré dividido. Una parte de mí estará con ellos y la otra en un punto quieto. Haré lo imposible para que lleguen hasta donde en verdad estoy, una celda oscura, con repiqueteos de recuerdos como si fueran bastones blancos sobre el piso, yo no estoy seguro, si llaman a la mentira o a la justicia que sería volver hacia atrás con un auto, gritar por la ventanilla lo que tengo atragantado y huir a un lugar seguro, quién dice, signifique abrazar mi nombre respunteado con hilo negro sobre una tela inmensa de seda rosa.

Oso

Es un sobrenombre, tenerlo que aclarar no tiene nombre. Confundir nombres de personas con nombres de animales ya se sabe que funciona, pero no al revés. A un tigre, un águila o una iguana le podrían poner Diego, Federico, Lorena pero es poco probable que a las personas las llamen por el nombre de esos animales. Y si esto cambiara no tendría problema en que mi sobrenombre fuera mi nombre. Pero tener que aclarar cuando uno está encerrado es querer angustiarse más que despejar la situación.

Mi verdadero nombre es Osvaldo pero me pusieron el sobrenombre Oso porque intuyeron que para vivir tendría que sobreponerme o subsistir.

Con mi nombre siempre estaba en el mismo lugar como si el significado de Osvaldo fuera óvalo. Un día, un compañero de trabajo, me dijo, ché déjate de joder, le das demasiada vuelta a la cosa para no llegar a nada. Así no va a haber nadie ni nada que te salve. Tenés que aprender a aceptar y sino aceptás, tendrás que sobreponerte. En esa oportunidad le pregunté, cómo, porque hablar habla cualquiera, el problema es que el otro te enseñe, te diga algo que no sabés o que sabés mal, en qué consistiría dejar de cometerte la misma falla. Y me respondió, pensá en un oso que hiberna en invierno, duerme, descansa, no sabemos si sueñan o no sueñan los osos, pero se apagan para después volver a renacer, a despertarse. Lo que te digo, es que no busques las soluciones en los mismos lugares donde las buscás estando despierto, por ejemplo, mejor es relajarte para ver si te viene algo a la mente después de estar ausente. Y de ahí me quedó el apodo. Oso, rectificó mi compañero, vamos a ver si llamándote de este modo, se acomoda algo que vive desacomodándote.

En esos tiempos hacíamos un juego desde que tomábamos el colectivo hasta llegar a la obra y, al regresar, desde la parada hasta caminar las últimas cuadras antes de llegar cada uno a su casa. Si te pensás con un cuerpo más grande al que tenés, empezás a alienarte pero al revés. Él me hizo dar cuenta, yo no le daba tanta bolilla a la fantasía, que yo me quejaba mucho por la mala paga en función de la cantidad de actividades que realizaba por día, subir y bajar decenas de veces los baldes, cargarlos, demontarlos y volverlos a cargar. Si ya te dicen que el sueldo no te lo van a aumentar, entonces, es uno el que se tiene que desacelerar. Si pesás 450 kilos no podés ir y venir como si fueras una gaviota. Bueno, hacé menos, tranquilo y, si el encargado pregunta, yo voy a contestar por vos, porque pensá que sos un animal y los animales no hablan. Y le voy a decir, que más rápido es imposible, que más carga no se puede transportar y que si no me cree, que pruebe él mismo mis palabras.

Así, lo hice, porque al final los amigos son los que impiden caer en la locura. El resto mira como uno sin encontrar solución al pensamiento que no es más que una máquina que gira en falso, se pierde flexibilidad para vivir de una manera simple, comer, trabajar pausado, volver, acostarse en la cama y amar una mujer, un hijo, alguien a quien abrazar que no sea frío, seco, pasajero.

Fernando

Mi nombre ya es un problema. Un sustantivo y un gerundio a la vez. Algo que comienza y nunca termina de hacerse. Eso es mi nombre. Supongamos por ejemplo un asado, que comienza un día cualquiera, la gente espera y no sabe que nunca será servida, es una realidad incumplida. Lo mismo si se trata de algo feo o de algo lindo. Un trabajo, un dolor, una discusión, una frustración o un cumpleaños, una novia, un viaje, un beso. Algo que no culmina te aniquila. Yo siempre pensé que a la fantasía hay que ayudarla, porque ella por sí sola descontrola. Cuando me quise cambiar el nombre a los 18 años, estuvieron todos en contra mío, sin comprender que a lo mejor, a partir de otra denominación me acomodaba. Y ese es el punto de mi arrepentimiento. No haber tenido la valentía suficiente para decirles, má sí, si ustedes no son mi cuerpo, no los quiero volver a ver porque el día que me los encuentre se van a arrepentir de haber querido insistir en un cariño de mentira. Eso es la sangre, la morcilla, el gusto, la reunión conforme a una tradición que no se descascara, yo no puedo ir golpeándome para que se unan dos tiempos verbales que dejan mi alma de ladrillos al descubierto. Si hubiera tenido coraje, dinero, otro lugar donde ir, me hubiera querido llamar José, un nombre al que asocio con Yo sé. Pero nunca tuve lo que hubiera deseado para vivir una vida, no como esta, incontables en cada milésima de segundo.

Me acuerdo de una novia que tuve hasta que la cansé, que me quiso ayudar con un consejo, que consistía en aprender a descomponer las palabras antes de usarlas con la intención de tener un espacio y un tiempo para identificar con qué parte nos queríamos quedar.

Siempre miedoso fui. A que me descubrieran, aún sin haber hecho nada, ya para mí, si me encerraba en un lugar significaba que iba en contra de lo que esperaba el otro. Y esta novia a la que convertí en mi ángel de la guarda, insistía, una puerta no es mala, cerrarla es habitar una separación que te salva. Ya cuando ella decía la palabra salva, me sentía que a alguien estafaba y pensaba en la cantidad de personas que habían quedado afuera. Ella decía, la puerta es interior, no hace falta verla ni tenerla. Sólo imaginarla. Cuando quieras estar solo estarás conmigo. Y también repetía, tu nombre para mí, significa el camino de la fe. Por eso, en la intimidad sólo me llamaba así, Fe.

Yo creo que el amor no es para cualquiera. Quisiera preguntárselo a usted pero sé, que no corresponde, que desde su lugar me podría lastimar.

Si en vez de acciones ejecutáramos preguntas, uno se sentiría entendido en un precipicio. En este mismo momento le prometo y me prometo a mí mismo que solamente me voy a chocar contra alguna de las partes de mi cuerpo para no causar dolor y repercusión. Me tiene que sacar estas esposas. Eso es lo único que le pido con mi promesa.

El oficial de turno no tiene palabras pese a que las pida. Me pregunto si el lenguaje no será la contracara de la repugnancia. Sería un milagro que, con la mínima señal, la tonalidad con la que uno pronuncia una vocal, el que nos mirara entendiera, mostrarnos entre nosotros la punta de un enorme cordel que serviría para viajar por el mundo agarrado de un dedo, como si fuera el principio y el final de una estación nerviosa, una emoción cableada en su verdad, el punto en el que decidimos cargar un tanque de combustible porque sabemos dónde ir y llegamos.

Edgar

Llevo el nombre de mi padre que a su vez es el de mi abuelo y así sucesivamente hacia atrás confluyen los muertos en mi cuerpo. Es una traición la tradición. A qué persona sensata se le puede ocurrir que a la persona que está por nacer no le va a influir quiénes, antes que él, portaron su nombre.

En mi caso, todos abogados y mire dónde terminé sentado. En una banquetta giratoria rota que no rota. Estamos hace horas atascados en el mismo lugar. En el que usted me dice, si tantos conoce, llame alguno para que lo vengana a buscar. Y me lo pregunta con sorna. Porque ya decir, alguno, es una manera de insinuar que por ahí, no viene ninguno, me ningunea con esas preguntas en un día de tanto calor. Pedí un vaso con agua y una pajita. No me lo traen por lo que pasó antes, ya no es ahora. Parece que la realidad quedara manchada como una mesa de un bar que no se pudo limpiar.

Me pregunto por mi hijo, también, mismo nombre mismo apellido, que no pude revertir lo que para mí ya era un desastre. Y que también siguió la profesión de sus ancestros, entonces, me digo, por ahí no pude cambiarle el nombre pero sí me dediqué a otra cosa, que no son las leyes. Porque la única en la que me reconozco es la de la gravedad. Caer rendido frente a la vida como si se tratara de una mujer, un hombre, una flor, un bombón, un tigre bueno y feroz. Después me doy cuenta de las consecuencias, que las cosas no son como uno las ve y las piensa y para qué desafiarla a que encaje en un molde. Te encalla. Y la verdad es que seré cualquier cosa pero un auto no soy.

Yo no creo que mi hijo quiera venir a sacarme de acá, con las cantidad de veces que lo saqué de las casillas. Una provocación, decía él, y se levantaba de la mesa con la última palabra, mientras yo me la quedaba mirando revolcada en la servilleta. Del pecho al cuello y del cuello a la cabeza. Y yo, ni bien volvía a la cocina, revolvía con una pajita los hielos en el fondo de un vaso. Y él, se ponía furioso, déjate de joder viejo, ese ruido de mierda me molesta. Y en cambio, de tenerle paciencia, como hacía antes, cuando le cambiaba los pañales, sentía una invitación al reproche, al grito, que no es más que un derroche estúpido de energía hecha saliva. La misma con la que podríamos habernos ido a pescar, reírnos, mirar una película. Y me quedaba con un sabor amargo, como el que siento ahora, se ve que de tantas horas sin comer, las manos atadas, usted en frente, la cabeza que tiene que pensar cómo diablos sale de donde está, parece anulada, un caño, una perilla, una llave, una canilla. Está cerrada. El agua no pasa.

Y si no llamo a nadie, por ahí así siga recordando, quién dice, a propósito de un escarmiento obtenga una aventura. Nunca se sabe si es el huevo o la gallina o a quién culpar cuando el nombre y la profesión son glóbulos blancos que se defienden de una bacteria ajena. Mejor que repetir me parece interrumpir.

Ya sabe mi nombre pero le pido un gran favor, todavía no llamen a nadie.

Ricardo

Un perro negro, patas blancas y ojos celestes mira la luna. No es el perro al que le grité, es otro convaleciente. Imaginar es una forma deformada de pasar el tiempo, porque de ser una forma formada estaría en mi casa, comiendo o mirando la tele. En vez de estar acá. Oscuro. Sólo con palabras. Son una sombrilla para ir a la playa. Justo la anécdota que iba a contar. Un perro que conocí en las vacaciones, en él pienso, que un día me miró con cara de pobrecito. Quizá para remediar la manera con la que me miró. Asustado, compasivo. No como aquél. Un pillo. No tenía dueño pero se había adueñado del jardín de un hotel frente al mar. Iba y venía robando cosas que los turistas llevaban, ojotas, baldes, medias, antiparras. Era un perro, como todos, que desconocía el concepto ladrón. Su técnica consistía en mirar algo que le llamara la atención, agarrarlo con la boca, correr, esconderlo entre los médanos y, después de unos días, dejarlo en su hogar como si fueran flores de plástico.

Pienso en él, yo no sé, si tendría que haber aprendido algo o retarlo, junto con los demás, que nos devolviera lo que era nuestro.

No me genera compasión sino admiración. Ese es el espíritu que intento captar en esta situación. Le pido al policía que tengo enfrente mío si es tan amable de traerme un cigarrillo y me dice que me convidará uno si colaboro en deletrear como corresponde mi nombre así completa una serie de preguntas que tiene en un papel. Le digo, Ricardo, ya se lo había dicho, ni bien me lo había preguntado pero como no acepta que el que se distrajo fue usted, cuando lo llamaron de la oficina de al lado, tengo que repetir. Acepto un cigarrillo, lo enciendo con la brasa de la de él y, a partir de ese choque, se produce una comunicación por intuición, sin contacto. Me dijo, quizá, en cambio de ponerse incómodo tendría que aprender de ella, es un método que ayuda a la observación y a la fijación. En cambio de enfurecerse, el día que quedó detenido, tendría que haberse fijado en los movimientos que hacía su invitado así se daba cuenta que, quien tenía enfrente, mentía. Pienso en las palabras que narra, su modo pausado, y no quiero quedar atrapado. Le respondo, que entendiendo lo que está diciendo pero también sé que quiere terminar un trámite, lo que para mí es un pozo ciego y le pido que aunque no lo conozca, no me vuelva a traicionar.

Él me asegura que no lo hará pero que apesuremos el cuestionario, así tenemos tiempo de charlar sobre otras cosas.

Yo no sé, si estoy volviendo a caer en manos del destino, en manos de un extraño pero, si caigo, se ve que es por confiado, creo que todos son santos.

Él dice, tiene que aprender a discriminar. Un humano de un perro, la realidad de un dibujo, una ruina de la vida.

Yo no sé cómo se hace entonces me dejo llevar por sus palabras que son un humo espeso, por un momento creo que es un perro el que fuma que mira la luna en busca de recompensas, como si sólo a través de un túnel blanco, cola de novia, estuviera a salvo una palabra en el aire que, por ser verdadera, no se deja atrapar.

Camilo

Es mi nombre parecido a camel, un color. Sé que me contaron la historia de mi nombre. La verdad es que ahora, quizá sea por los nervios, no la recuerdo. Pienso por tramos cuadrados como si viviera en altura. Allí, hay agua plateada; aquí, porciones de tierra; más allá, árboles cuyas copas tapan los edificios. El color para mí es una cuestión de fe. Donde la cosa se pone oscura se puede aclarar. El problema es esperar. La verdadera muerte es esa. Ya cuando uno tiene una certeza, aunque sea la peor, hay algo en uno que se calma, un avión aterriza, los pasajeros descienden, hay que tener paciencia para entender dónde la gente va. Siempre hay un lugar aunque sea un desconcierto, el sabor amargo dentro de un vaso. Hay que tomarlo rápido, como si se tratara de una medicina antigua y confiar en que pase el dolor, la molestia, la picadura. Como verá soy positivo por naturaleza. El color me hizo así, por eso, no entiendo cómo me está traicionando.

El oficial dice que la pintura no tuvo nada que ver en esto sino que fue al revés, yo la traicioné a ella.

Y agrega, además, la usó. No está bien lo que hizo, no se usan las cosas para que le den más valor. Cada cosa tiene uno, lo que hizo fue aprovecharse.

Yo le digo, que si bien mi intención era esa, creí que, con lo que le agregaba, no le hacía tanto daño.

Piénselo al revés. Intente estar en la vereda de enfrente, si lo hubieran adulterado, mezclado su sangre con harina y agua se hubiera convertido en un muñeco. Y cómo se sentiría si, en vez de seguir con su vida normal, comienza a vivir una vida de cuento, acostado en una cama chica que a su vez forma parte de un decorado. Entonces, hay que pensar antes de actuar, ¿no le parece?

Y respondo es que, si bien me siento triste por lo que me dice, da una lección equivocada, no puedo poner en la vereda de enfrente la verdad porque cuatro personas no comen de un mismo plato como si fueran perros.

El oficial, yo también tengo hambre. Pero no se dio cuenta de que el modo de satisfacerlo anunciaba un decaimiento.

Y contesto, lo único que decayó fue la pintura que para la señora es llanto, lo que para nosotros dos puede ser un río, una escapatoria.

Eso es lo que quiere hasta que alguien venga a pagar la fianza por su estafa.

Quisiera dejarme llevar por la idea de que la pintura traicionada me rescata, un manantial rosa que succiona y traslada hasta el asiento de un avión, con la esperanza de volver a entendernos, después de algún tiempo, en algún remoto lugar.

Hilario

Empieza con una letra muda, que no se pronuncia. Ese el drama de mi nombre. Sentir que el lenguaje no cumple función. No me gusta especular, nunca me gustó, cuando siento que la realidad viene de una mano y el vocabulario de la contraria, derecha e izquierda no se chocan es la desesperación porque no son autos, no va a haber sangre, bocinas, lamentos sino un estallido, un milagro, encontrarse con alguien que uno se quería cruzar. Si el lenguaje no sirve para eso, entonces me lo quiero sacar. No le pido ayuda a nadie, intento con mis propias manos pero me arañó. Intento no pensar. No sentir. No inquietarme frente a algo que no tiene respuesta. Intento soñar. No aferrarme al suelo. Intento señalar con el dedo los momentos del día en los que la palabra se apoya sobre una cosa y la cosa sobre un sofá, con la intención de que la falta de correspondencia se parezca al vuelo de un pájaro más que a una caída.

De chico fui un boom, era el hazme reír de las fiestas, me gritaban, Hila, Hila, y yo me asustaba porque no veía dónde debía pasar para coser lo que se había desunido. Y los demás en cambio de venir cuando empezaba a llorar, me gritaban, jajaja qué papelón tiene que venir el papá. Para ese entonces, cuando llegaba, el sufrimiento era doble, porque de un hombre uno espera una palmada en el hombro, no una patada. Y me decía, no te voy a llevar más a ningún lugar, porque cada vez que te dejo, te tengo que ir a buscar antes de que se vayan los demás. Sos un escándalo. Y cuando me pegaba, me parecía, que sacaba por mí lo que no había podido hacer solo. Me dejaba mudo de una manera que no necesitaba, yo quería quedarme en blanco o borroneado. Él fijaba la muerte de la lengua en una parte de mi cuerpo, en vez de quitármela y que siguiera viva fuera de mí.

Una sola vez en una fiesta creí lograr lo que duró segundos. Había tomado una copa de champagne, una bebida que nunca había probado antes y me pareció que cada burbuja se acomodaba en mi sangre sin necesitar que un anfitrión le abriera la puerta, lo recibiera, le dijera dónde colgar su saco y le indicara dónde sentarse. Fue un camino recto, una hilera. Y cuando pensé en esa palabra que comenzaba con una letra muda, en cambio de enojarme, la cobijé. Como si fuera capaz de ser una madre y tenderle una cama a un chico que está cansado o enfermo y quedarme con él toda la noche por temor a lo peor. Tener lo que se dice, una obligación. Así bailaba yo, mitad en un lado, mitad en otro, curioso. Sin buscar respuestas las encontraba de a poco.

Si pienso en ese día, quiero volver atrás. No me gusta estar en este lugar mugriento.

¿No habrá alguna forma de soltarse de las cosas que no sea tan ruidosa?

Usted que está ahí sentado, en cambio de mirarme, por qué no piensa conmigo, por qué no me habla, por qué no piensa por mí. Lo único que veo es su boca que apenas se abre para lamer la punta de un hilo que no sabe en la cabeza de qué aguja va.

Octavio

Mi nombre son mis labios. Las ganas de probar una fruta. Una idea. Una amistad. Una aventura y sólo después decir, me gustó o no me gustó. Nunca fui al revés. De llenarme la boca con palabras porque la escritura es una trampa para ratones. Eso lo supe desde la juventud, donde querés divulgar las ideas impresas suenan bocinas, efectos de choque, señalamientos; en cambio, si las ponés en práctica la cosa cambia, no te atrapa.

El hecho de que esté acá y no en jogging, haciendo de las ideas un ejercicio, se debió a que me fui de biombo. El otro día, en un bar, qué pelotudo, me digo, porque otra palabra no encuentro. Qué necesidad tenía de vociferar. A qué fui, si ya sabía que era para amargarme. Ver a la gente sentada, esperando su cafecito, con la mirada hacia la mesa, el reloj, el mozo, la botella, se desconecta el ritmo cardíaco que es ser atropellado por hordas de otras que no piden nada. No es el dinero. Yo nunca probé, debe ser amargo, a mí me gusta lo dulce por eso no me arrepiento de la fruta que corté. Es una forma pinchuda de desacomodar lo que está en exhibición y hacerlo propio. O dejarlo abierto, para otros. Como en este caso, vaya a saber hacía cuánto estaba esta pobre fruta ahí mostrada para nadie.

Eso me pasa con cada cosa. Veo posibilidades mudas. Mutiladas. Por qué no empeñamos el tiempo en fabricar otro momento histórico que se quedó atrás y hay que hacer un enorme esfuerzo con los brazos para tráelo hacia adelante, como un chico caprichoso, que hace berrinche, en un momento dado con la mano tenés que hacerlo caminar al lado. Piense en el pocillo de café, el fondo, saber cómo recibe el contacto con la cucharita que revuelve el azúcar para que no sea intragable.

Contacto y disolución sería la estrategia que planteo. Confiar en ser parte de algo que brilla, se traga y te toma.

Ya le respondí sobre mi nombre y por qué pasó lo que pasó. Siento que hablo y no soy escuchado. Es un revuelto de huevos y jamón. Cortado siento, caliente, chiquito.

No veo la hora de vivir algo fresco. Mire que pienso, podría entablar una corriente de aire con cualquier persona capaz de pincharse los dedos. O qué se pensó, que no me había clavado ninguna espina cuando cometí el arrebato. Todavía siento una acá, una hinchazón, espero que sea sólo eso y no una infección que requeriría una acción inmediata.

Fabricio

No significa chiquito. Quiero que me preste la hoja en la que anota mis respuestas para que sea mi letra fiel testigo de lo que digo. Grande mi nombre. Que cada inicial ocupe una hoja. Y que sea el fiscal, el juez, al que le cueste trabajo. O usted supone que no me costó ser llevado a un hueco. Mi pobre pierna. Ya nadie me pregunta si duele, si hay que cambiar el vendaje, cómo es posible que alguien invite a otro a pasar por una cueva para ratones. No existe. Eso es un cuento. Y si no me creen que lean, de a una, el espacio que ocupa cada una de las letras que forman un cuerpo. O ustedes piensan que un ser humano se hace delgado como una oración y puede entrar todo en una hoja, en un sobre, plegado, eso es una discusión. Que voy a dar porque ya estoy acá. Quiero que llamen a un abogado, me presenten un teléfono, dejen de atestar llamados equivocados. Mi nombre es Fabricio, que pertenece a este cuerpo que en este mismo momento ocupa esta silla, en esta habitación.

Pero después de tanto explicar me quedé dormido y tuve un sueño bueno, no como estas personas de oficio que son un desquicio. Resulta que estaba en Francia, no en esta comisaría y visitaba un museo y después otro, más otro. Todos me fascinaban y en ninguno me concentraba, hasta que llegaba al de las miniaturas. Allí vi una lámpara que alumbró algo que nunca había sentido en mí. Su pie medía dos centímetros, era de bronce, tenía recovecos, firuletes, ángeles y una pantalla color manteca de cinco centímetros, aproximadamente, que protegía una lamparita que irradiaba luz cálida. Y me quedé debajo de ella con la intención de que me atravesaran sus glóbulos rojos. Luego me desperté con sabor a sangre en la boca y me invadió una sensación de bondad que consiste en no dar el brazo a torcer.

Este es mi nombre. Mi pierna. Mi letra. Mi luz.

Yo no tengo por qué seguir explicándoles nada. Todo debieran preguntárselo a los organizadores del encuentro. Que terminaron desorganizando mi vida y la de ustedes. Yo me llamo al silencio como una lámpara que se apagaba cuando el museo cierra sus puertas al público. Una tortuga que repliega el cuello, la cabeza. Las piezas descansan de la visita.

La noche

Camioneta

No hubo caso. A veces no hay. Más que ser llevado a otro lado. Lo único que espero es encontrar la vuelta para llegar atrás. Lo que escribo es la traducción de mi mente que no se adhiere a ningún papel sino que explota. Lo que siento llega a cientos de países como si se tratara de cenizas, polvo, rayos, una tormenta. Cualquiera ser humano en cualquier parte del planeta puede ver en el cielo mis palabras esparcidas. Este es un modo en el pido socorro. Lo que pienso es un imposible en el desierto. Sentado en el asiento de una camioneta, con las manos esposadas, me trasladan a una institución en la que observarán mi evolución. No sé si será una cárcel, una cueva, una heladera.

Estoy junto a nueve hombres más, ubicados en hileras, cinco a la derecha y cinco a la izquierda, separados por una reja del conductor. Al que uno de ellos le pregunta su nombre y contesta, me llamo Chófer pero lo dice con una sonrisa como si hubiera pronunciado chop de cerveza o un chiste y luego el mismo compañero le pregunta dónde nos lleva y él, yo que ustedes miraría el cielo, me detendría en cada nube, pájaro, sonido, vaca, oveja, para que este barullo los acompañe mientras estén lejos de la vida que tenían. Y, ni bien termina la frase, quien se sienta al lado mío, le dice, no queremos farsas, canciones, dulzura, decinos, por favor, dónde termina el castigo y Chófer responde, amigo, mi única misión es manejar, por eso lo que pasa o pasará con ustedes, dejémoslo atrás. Yo solamente tengo que ir hacia adelante, respetar las señales de tránsito, hacer que lleguen a salvo. Entonces, pregunto, ¿nunca frenaste antes de tiempo? Es el pensamiento que insiste en mí, estoy acá por arrebatado, a una chica le regalé un ají, en ese momento los nueve comienzan a reír, un ají, jí, jí, jí, desde ese momento hasta hoy desactivo en mi cuerpo la flecha del amor. Chófer me dice que soy imaginativo, que si hubiese sido juez hubiera derivado mi expediente a una fábrica de regalos y me pregunta, si alguna vez dibujé, si me gusta, contesto que sí y saca de la guantera un cuaderno y una lapicera del asiento vacío del acompañante, inclina su mano hacia atrás, los pasa por entre los rombos del enrejado y dice, tomá, acá tenés para que te entretengas hasta que lleguemos. Y el mismo compañero que había intervenido antes, al que le pregunto su nombre y me contesta Hernán, dice, este tipo con su delito me hace babear, tengo un hambre bárbaro. Entonces, en ese instante, los diez en voz alta le pedimos parar.

Chófer responde, eso no lo tengo permitido, si quieren les convido unas galletitas. Ah, dice Hernán, sos un atorrante, encima son de agua, no hacemos nada, por qué no nos llevás a comer a un lugar antes de llegar a otro en el que, seguro, no comeremos más.

Y se queda en silencio como si se hubiera encontrado con la razón, mientras cae el sol naranja lentamente, una lágrima en el horizonte, o una gran boca de todas las personas que miran lo que nos pasa y le envían nuevas señales de tránsito a Chófer que reconducen el futuro.

Comida

Un sueño no es real hasta que se concreta. Una vez estuve toda una noche dentro de un volquete lleno de juguetes, figuritas brillantadas, sobres de cartas, canicas, era un mundo maravilloso en el que no me atrevía a tocar nada. Ya me había pasado antes, ver miles de muñecas que hubiera querido llevármelas conmigo y, al intentarlo, darme cuenta de que debajo de ellas aparecían pájaros muertos. En ese momento, las imágenes ingresaron a mi boca, cómo las muñecas en cambio de salvarlos, los habían aplastado. Uno nunca sabe por qué se desecha, de lo que estoy seguro es que es por algo. Hacer lugar, despejar la habitación de un muerto, dejar atrás cosas que te retienen con un amor hecho de palabras y objetos. Esa noche seguía en una esquina sentado, no sé por qué motivo, no podía pararme, irme, dejar atrás esa ensoñación amarga, hasta que una mujer se asomó desde afuera y me ofreció papeles diminutos y me explicó que estaba en una función de teatro, que la obra se iba a ir entendiendo a medida que aceptara unas instrucciones, tome, ¿las agarra?, me sugirió. Y recién cuando me negué a ser espectador tuve la fuerza necesaria para intentar tocar con una mano el filo de un precipicio y sacar una pierna para que ésta, una vez que rozara el aire de afuera, me sirviera para dar el envión y sacar la que faltaba.

Ahora ese sueño lejano se concreta. Bajamos en una cantina de la ruta, cuyo nombre es Manubrio, porque logramos convencerlo a Chófer de la que será nuestra última cena hasta llegar a un lugar en el que nos darán arroz, polenta y fideos con alguna salsa aguada. Sé que así comenzará mi fin. No voy a comer eso. Y menos, aún, tierra. Pasto. Goma. Lluvia. Me voy a deteriorar de apoco externamente para que mi interior se conserve. Yo crecí en una casa en la que la comida era sagrada. No era la cantidad ni la variedad. La preparación era el misterio. Los cortes de las cosas. Las mezclas. Las esperas. Es lo mismo un plato. Un regalo. Una relación. Lleva tiempo conocer, ser conocido por la otra persona, amar un mismo programa. Entonces disfruto de lo que será mi bendición. Nos sentamos. Chófer en la cabecera y cinco de nosotros de un lado y cinco del otro de la mesa. Nuestros ojos están brillantes y dolidos. Esperamos la carta sin saber todavía cómo haremos para agarrar los cubiertos. Ninguna de las personas que atiende se da cuenta. O, por ser las doce de la noche, no se quieren ni acordar. Quizá hayan venido pocos y, en vez de tirar la comida a los animales del campo, prefieran llevarse unos pesos sin importarles que seamos presos.

Chófer dice, lo único que les voy a pedir es que traten de comportarse como si no estuvieran esposados. En cuanto el mozo se dé vuelta, acomode el salón o coma cerca de la cocina, cada uno se sentará debajo del otro así se dan de comer. Y así fue que Chófer leyó el menú, anotó lo que cada uno quería en una hoja blanca lisa que había bajado de la camioneta del asiento en el que estaba sentado yo, tomó la misma lapicera que me había prestado, pidió un plato principal, una bebida y postre.

Para disimular hizo traer varios platitos de café. A cada uno le cortó la comida y a mí me tocó darle comida en la boca a Hernán. Mientras estaba sentado, Chófer ubicó el plato atrás para que lo pudiéramos sostener con las manos. Hernán se arrodilló detrás de mí y, sin mirarlo, mis manos tomaban la cuchara que pasaba por el plato y esperaba la boca de

mi compañero. La cena fueron sacudones entre manos y bocas. Un frenesí dentro de nuestros cuerpos enanos.

Campo

Es una velada difícil la noche. La verdad es que cuesta comer como un perro. Me llamo Oso, tengo 52 años, extraño a mi mujer y a mis hijos. Espero que estén pensando en mí tanto como pienso en ellos. No quiero tener miedo. Pensar engeuece el actuar. Todos los días de una vida desde los 18 hasta hace una semana cargar la carretilla, descargarla y volverla a cargar. Las dos cosas por separado generan un daño, yo lo veo en las palmas de mis manos y en los dedos de los pies. Son partes donde el dolor se esconde. Si uno saliera descalzo de su casa, subiera a un tren o un colectivo, bajara y entrara al trabajo, las personas verían las caras que teníamos guardadas. De mirarnos nada más, haríamos que abrieran la boca. El interior de las cosas que reclama calma, las partes de las que pudimos agarrarnos, a veces, nos soltaron y provoca que se mueva en el aire el esqueleto de las relaciones. Entre el mundo y uno. Que es una no-vela, un lugar donde no hay luz y tenemos que ser capaces de buscarla. Con mis ojos puedo hacer un boquete de fantasía en la noche.

Entro con mi cuerpo que recién comió, parece que las piernas se hubieran vuelto de madera de lo pesadas que están. Patas de una mesa de algarrobo que cuesta trabajo cambiar de lugar. Entonces las arrastro desde la salida de la cantina hasta la camioneta y, mientras que huelo el polvo del camino, vemos luciérnagas a lo lejos. Antes de continuar el viaje, le pregunto a Chófer si podemos correr tras ellas, él sabe que, con las manos atadas, es imposible escapar. Le rogamos, nos conceda el deseo de atravesar el campo antes de que tengamos que compartir todos juntos un cuarto. Oler, repiten Carlos y Hernán, el aire libre que llegue a nuestros pulmones que se llenarán de mentiras y nicotina, ni bien hayamos traspasado la puerta de la condena.

A Chófer le cuesta decir que no, a medida que conversamos lo comprobamos. Como si de su oficio hubiera hecho una familia que traslada con la intención de volverla a ver. Yo le digo, nadie sabe cómo llegaste a esta profesión, saber andar en auto, estar a gusto solo, no tenerle miedo a quienes transportás. A medida que lleguen los demás al mismo lugar al que nos llevás, no nos vamos a ver más, nadie se queda en la entrada de nada. Cada uno será llevado arriba, abajo, al fondo. Vení con nosotros, caminemos.

Y así se nos pasan las horas en silencio hasta que pido a Chófer que atrape una luciérnaga, con la esperanza de que encontremos un frasco en el que llevármela. A él, le digo, en agradecimiento, serás vos mientras esté encerrado, la ilusión de mantenerme cuerdo, si lo logro, una vez que salga te traeré hasta acá para sigas con tu vida luego, de haberme ayudado a levantarme, cada día con tu luz.

Caballo

Somos once hombres dispersos. Las estrellas son linternas que iluminan pasos que nadie más verá, excepto nosotros. Son las instructoras que parecen decir, párense acá, sigan por allá, pueden también disfrutar de estar quietos. Pero la palabra quietud me inquieta. De sólo saber que estaré sentado, acostado, recorriendo los mismos metros cuadrados durante mucho tiempo, me desespero. Entonces le pido a Chófer si me ayuda a trepar a un caballo que está más o menos cerca. Me dice, ¿no te das cuenta que estás esposado? Cómo vas a hacer para sujetarte. Una cosa es un paseo, una travesura, otra una locura o una lastimadura. Mis compañeros dicen, si él quiere eso, por qué decirle que no. Parece ser que cada uno pide un deseo que, en otro momento sería tonto, pero lo que lo vuelve único es que sea el último y que hagamos sentir a Chófer un dios.

Entonces, se coloca una coronita con unas ramas secas que encuentra tiradas y me ayuda a montar. Parece manso, es negro, sus ojos reflejan la luz interna de una relación. Y por unos minutos camina, voy suelto mientras le susurro, despacio, tranquilo, calmo. Pero, en un momento dado, su andar se precipita comunicado con una parte de mi corazón que no controlo. Son sus patas y mis sentimientos los que comienzan a movernos. Y Chófer dice, chchchchch, momentito, en qué quedamos Fernando, ¿no te estarás escapando? Y cuando le digo que no, en voz alta, comienza a trotar y antes de galopar me agarro del cuello y quedo colgado como si yo fuera un dije de un collar del animal. Comienzo a arrastrar los pies en la tierra, Chófer grita, mis compañeros temen y comienzan a correr con la intención de alcanzarlo. Como se asusta más, Chófer corre hasta la camioneta, saca una pistola y tira al aire para que regrese donde estaba. Y en cambio de seguir cabalgando más y más, aminora la velocidad hasta alcanzar la punta de los pies de Chófer. Mis compañeros preguntan, cómo sabías que así regresaría. Son los años de cruzar por los campos, ver que los animales pastan y corren y el hombre los amansa a las patadas. Es una desgracia tener que elegir. Era la libertad del caballo o la vida de Fernando. Y Carlos dice, o la libertad de los dos, por qué no los dejaste huir.

Chófer contesta, porque me quedaría sin trabajo. Sin dinero. Sin comida. A mi edad no es fácil empezar todo de nuevo y porque además no quiero. A ustedes los puedo querer pero no acosta de cualquier cosa. Eso no es querer, es ser un tonto o un engreído. Yo tengo que cumplir con mi trabajo. Los voy a llevar hasta la entrada de un lugar que ya se enterarán cuál será. Todavía hay tiempo para que vivan a acosta de que se cumplan breves destellos. Se pinchó la rueda, perdimos la señal de control satelital, uno de los detenidos se descompuso. Para eso falta todavía. Si yo llegara con menos de los que son me descontarían. Los presos se miden en monedas. Si comiera, con el sólo hecho de ayudarlos, lo haría. Disfruten de este regalo con el que no gano nada. Y le digo, sí ganás. Una familiaridad, que creamos en vos, sos una cruz que camina a la misma altura de nosotros.

Realidad o rencor

Parece mentira cuando uno confía y otros lo desafían. Desde que estoy acá quiero pensar al revés. Si alguien me cae bien seguro me haga daño. Si alguien me cae mal seguro no sea tan extraño. De las personas que pensé podrían sacarme de este atolladero, ninguna vino a buscarme. Yo tampoco insistí porque quizá no lo sepa, o sí, quizá lo sé. Son dudas que me acompañan en esta larga caminata. Cómo se miden las cuerdas en el campo, si tuviera en cuenta los pasos, ya di un montón. Mis compañeros están pendientes de Fernando, yo en cambio, cuando hay ronda sigo de largo. Soy un hombre solitario. Cuando estaba en casa, a veces, me pasaba que como temía dejar de relacionarme con el exterior, iba al patio y a propósito pasaba cerca de una hoja de algún árbol o cuando iba al supermercado pasaba cerca de algún cartel medio despegado como si fuera la mano de alguien que me tocaba, un saludo del destino. El cuerpo en contacto es una explosión. El que siente pide, yo no conozco a nadie que sienta y deje de pedir. Aunque no lo haga con palabras, lo hace con su actitud. Son reproches sentir, una pérdida de tiempo. Por eso, creo que en mi familia, fue todo ir para adelante, donde están las leyes, hay una acción, ni demora, pedido, ni perdón. Para mí que, ni bien se enteraron de mi situación, se sintieron liberados, deben haber dicho, má sí, que se haga cargo de haberse apartado del camino, no se lo va a olvidar más.

Esto que hablo va a quedar acá. Un búho. Un pájaro. Una rana. Un grillo escuchan. Cómo saber si asienten, sólo que están. Me recuerda a una vez en la que fui feliz con un grupo de personas en el que lo que compartíamos se prestaba a equívocos. Uno decía una cosa, con una entonación que no se correspondía con el significado de las palabras que usaba y otro aprovechaba su entusiasmo para colar su experiencia inequívoca, en el medio de un jolgorio que pasó a la eternidad.

Me concentro en esa música, la creencia tonta de que nos estamos entendiendo para contrarrestar el insulto de vivir lo que me pasa.

Por eso, queridos animales retengan estas palabras, espero que algún día, si alguien preguntara por mí, querría que fueran ustedes, testigos que se manifestaran, desde la sombra invisible de mi cabeza, la acariciarían como hace años nadie lo hace.

Fumar mirando la luna

Los ojos del perro al que le grité me transmiten un pensamiento insoportable. No son míos. Son de él. Si los escucho me lastimo. Son agujas en cada rincón de las cosas. Aunque no estén se estiran. Pinchan la distancia. Él nunca se sintió abandonado si no que abandonó su hogar. Tuvo que rebuscárselas, vivir debajo de un banco, comer sobras, no ser bañado, ser mirado con desprecio cuando pasaba en el parque cerca de los chicxs por temor a que lxs contagiara de sarna o rabia. Cuidado, era una palabra recurrente y frases como, salí de acá. Ahora soy el perro. Camino aletargado por el campo con sus patas que se tambalean. Pueden ir por acá y, también, por allá. Son pasos en la arena a merced del agua, un auto, el viento que transforma, en un segundo, el peso del pie. Lo que uno trae. Queda hundido.

Imagino que le pido a Chófer un cigarrillo, soy un perro que fuma. Me siento sobre una lomada. Miro la luna. No escucho lo que a mis compañeros les pasa. El humo les enviará o me traerá sus mensajes o sus silencios. Es cuestión de interpretar desde donde uno está. Los cambios de las palabras a partir de lo que pasa en la realidad. Interpretar los movimientos de lo que parece no moverse. En este momento la luna tiene una boca roja, no tiene ojos ni nariz. Pareciera que ella también quisiera fumar. Es la forma que encontramos para comunicarnos. A ella no le llegarían mi voz y a mí la suya tampoco. Entonces corto por la mitad el cigarrillo que pedí y le convido. Fumamos despacio y, a medida que exhalamos, el humo, en un punto intermedio del cielo, forma una figura blanca, parecido a un caballo blanco, que haremos nuestro confidente.

En un momento escucho que Chófer nos llama. Y ya no reconozco mi nombre, Ricardo. Entonces, regreso y cuando los veo a todxs les pido que me llamen Lava, que de ahora en más, vendrá de lavandina porque será el blanco el color que me recuerde el momento de una transformación profunda. Carlos me dice, te vas a arrepentir. Cuando es de noche uno no piensa bien. No sabe lo que dice. Se equivoca. Pierde el hilo de la conversación. Por qué no esperás mañana. Cuando salga el sol. Hayamos llegado donde quiera que nos lleve nuestro amigo y dios.

Y, con tal de no ocasionar peleas, bajo la cabeza como un perro que se agacha para que le den de comer o le hagan caricias. Con lavandina, pienso, dibujadas en el piso, por donde vaya, dejaré hilos de baba, ondulaciones azarosas que transmiten, dejar de esperar es empezar a ser otro.

Mimetizado con él, aunque conserve mi nombre, voy a seguir huellas de otros, esquivar los autos, la mala suerte.

El cielo como testigo de los no oídos

Yo quise ser parte de la solución además de un problema. Quienes me tenían que escuchar no me escucharon. Solo mi señora y mis dos hijxs. Que llegaron hasta la puerta de la comisaría para reafirmar mi explicación. No quise que la pintura nunca seicara, se me ocurrió la manera de vender y comer. Dos cosas, a la vez, no se pueden. Sólo se ven resultados, en cambio de los motivos por los cuales llegaron a concretarse, que hubiera sido preguntarse por el propósito de lo que se hace a propósito. Las personas que toman declaración son lo contrario de una rotonda en la que los autos vienen de un lado y del otro. Para ellos es recto el camino que te lleva de donde estabas a una prisión. Venganza. La señora a la que defraudé vino hasta acá también. Con su marido y sus hijxs con las manos repletas de bombitas de colores. Hechas con la misma pintura adulterada. Antes de tirar la primera en la puerta de la comisaría gritó, a ver si les gustan las envenenadas, como si se trata de un postre o remedios que a unos, curan y a otros, matan. Y así dejó la fachada de los comisarios, chorreada. Ellos salieron para parar los gritos a los tiros. Yo estaba detrás de la ventana con la intención de retener los colores vaya a saber hasta cuándo. El rosa, el celeste, el verde, el naranja y el azul, imaginar que se des-adhieren de las paredes y forman flores en el aire que pondré dentro de un jarrón de cemento en el centro del patio al que me están por llevar. Ya me dijeron. Acá no se puede quedar. No hay lugar. Será derivado a otra dependencia hasta que se sepa, a ciencia cierta, cómo se castigará su irresponsabilidad.

Ese es un pensamiento pasado. Ahora estoy siendo trasladado. La noche es una caja de herramientas, cuyo candado está atorado. Yo no sé si la ley podrá abrirla, ser el tipo de cerrajero que necesita el juego de llaves.

Mis compañeros corretean. Chófer da vueltas para no perdernos de vista. Ninguno parece dispuesto a escapar. Yo dudo de quien nos conduce. No quiero quedar atrapado en estas libertades que nos da, son microbios. Comer y caminar. Rumbo a la nada. Si fuera un dios nos propondría algo grande. Si fuera un amigo su bondad no me generaría sospecha. Entonces me apoyo en la camioneta y miro el cielo que es el testigo de los no oídos. Y abrazo un atardecer, en el que las nubes eran rosas, se movían despacio y vi lo que nadie pudo creer después, dos que formaban delfines de fuego, salían de donde estaban en busca de otra cosa, un torrente de agua, en el que zambullir el dolor.

Desenraizadas

La intemperie es una cárcel
por la que paso una mano, a través de un barroto,
mientras que
mi otra mano hace lo mismo desde el lado contrario.
Son historias que se encuentran pese a las esposas
que aprietan las muñecas.
Recolectan ramas con formas de letras
con las que construir un nuevo alfabeto.
Me convertiré en un puente por el que las personas pasan
y redescubren las estrellas.

Isla mujeres

Grito: Carlos, Hernán, Oso, Fernando, Edgar, Ricardo, Camilo, Hilario, Fabricio, vénganme a buscar. Seamos un collar manco sobre la superficie terrestre. Chófer, donde sea que vayamos. Antes. Es un momento imprescindible, llevanos al mar. ¿Nos quedará de paso? Abrámosnos hacia él. Cinco minutos. Sólo en la orilla, sería muy dificultoso entrar más, cómo haríamos para salvarnos sin manos. Sirven para amenazar, flotar, explicar algo importante. Ahora es un momento sin antecedentes.

Y Chófer accede hasta tropezar en la Bahía de San Borombón. Nos desabrocha los pantalones, que nos los sacamos con saltos bruscos para no perder tiempo, las camisas que bajan hasta los hombros como si fueran brazaletes de colores cuadrillé. Desanuda los cordones de los zapatos y propongo, qué tal si solamente nos refrescamos los pies.

Somos diez hombres iluminados por la luna porque Chófer no quiere entrar, dice que será nuestro salvavidas por si nos llegara a pasar algo. Se sienta en la orilla. El agua es un manantial sin sabor a remedios. Es presente. Mezcla de colonia y sal. Nos metemos hasta los tobillos, las pantorrillas, las rodillas, la cintura, las axilas, el cuello. Y vemos a Chófer que se acerca y pide, salgan, que sus esposas los van a ahogar.

En un momento dado divisamos una roca a la que nos dirigimos pataleando rápido, como si fuésemos sirenos cuya cola está en los brazos y delante de ella hacemos fuerza para que sea la piedra la que corte el metal.

Lo logramos, hacemos una ronda sin hacer pie, para que Chófer no nos perciba más, tomamos aire y nos sumergimos por sesenta segundos, luego salimos y repetimos la estrategia, queremos generar una ilusión que nuestro guía vea algo que pueda ser o no ser, así teme de sí mismo y nos pierda de vista.

Entonces proponemos comunicarnos a partir de trucar las señas del truco. Morder levemente el labio será rendirnos. Guiñar un ojo escaparnos sin importar lo que pase. Cerrar los ojos será seguir a uno de nosotros y Carlos los cierra de golpe y nadamos tras él, hasta que llegamos a una isla en que las mujeres están desnudas y pintan la noche sobre lienzos estirados en grandes caballetes.

Hablan un idioma que no conocemos pero nos hacen saber que, si nos quedamos, tendremos que trabajar para que ellas sigan pintando.

Desde ese día y por muchos más, nos convertimos en cosechadores. Hasta que nos cansamos, nos rebelamos y con un lenguaje de manos les proponemos dividir el día en cuatro estaciones de tiempo.

De verlas nos dan ganas de pintar. Y creemos que nos dicen algo así, como que hagamos una prueba que no es lo mismo que concretar un acuerdo.

A la mañana trabajamos nosotros y a la tarde ellas. Ellas pintan de noche y nosotros a la tarde. Unas frutas que nunca habíamos visto antes, las multiplicamos de amontones, a todas les hacemos las caras de nuestros seres queridos. Con el deseo de que, alguna vez, podamos volver a verlx.

Un lenguaje hecho con una sola vocal

A de auxiliá. E de esperá. I de imaginense. O de dolor. U de Unión. Desde el momento en que no pude mover la pierna. Atorada. No se me puede pedir que diga mi nombre, explique los hechos. Primero atendeme. Después preguntame. Por último, entendeme. Sólo en el agua siento la liberación de esa opresión. La carne fría. La mente opera. Como si, después de cualquier golpe, fuese imprescindible poner un hielo hasta que las letras, consonantes con vocales formen las palabras. Yo espero el momento en el que con menos hagamos más. Lleva un esfuerzo decodificar un lamento, no como los cómodos que dicen, de acá para acá entrás, mientras que otra parte de tu cuerpo queda afuera. Es una forma partida del querer del que imparte. La que provoca que uno tenga que desacomodar su interior para hablar. Ser invitado a un lugar desde el que participar a través de una ventana. Atravesar un brazo por un picaporte. Ser agarrado de los pelos por la pata de una mesa.

Entonces me aferro a cualquier letra como si fuera un almohadón, un salvavidas, un muñeco que me mantiene a flote. Así fue como dejé de ver a Chófer, nuestra decisión que lastimó su plan. Una vez que nos había dejado entrar al mar, querernos rescatar hubiera sido hundirse. Cómo se salvan a diez hombres que no quieren ser salvados por otro que concede caramelos a costa de mantener su empleo.

Lo último que escuchamos fue, ya van a ver, voy a llamar a la policía para que los venga a buscar. Y nosotros pensamos que, desde ese momento, quedaría detenido, porque, en cambio de ir derecho por la ruta, se detuvo una y otra vez.

Y también escucho a Carlos que dice, ojalá te vaya bien; a Hernán, la sal está curando mis heridas; a Oso, el murmullo de las olas calma mi ancianidad; Fernando si aprieto el pecho contra esta letra que forman nuestras manos soy parte de ustedes; Edgar, la realidad es el fantasma de una flor; Ricardo, yo sabía que la luna iba a iluminar nuestras mentes; Camilo, qué color tendrá la ley, será árbol, pájaro o pantano; Hilario, al principio no quiere pronunciar palabra hasta que dice, juntar es un modo de no sacar provecho; Octavio, una rueda que gira por envión de afectos.

Ya no hay nadie vigilándonos.

Con los ojos abiertos nadamos la claridad.

Tamara Domenech

La Plata, 1976. Vive y trabaja en la Ciudad de Buenos Aires. Es Licenciada en Comunicación Social (UNLP), Diplomada en Gestión Cultural (UNSAM), Profesora de Nivel Superior (UTN), escritora, editora y artista visual.

tiempodorado.com

tamaradomenech.blogspot.com

edicionespresente.blogspot.com

www.instagram.com/tadomenech